

NACHO BAÑERAS

LA CURA DE SÍ
O EL CUIDADO
FILOSÓFICO

UNA ASCÉTICA
PARA NUESTRO VACÍO

Icaria ❁ Milenrama

ÍNDICE

| | |
|--|-----|
| Introducción. Vivir es aceptar que tu vida no vale nada | 9 |
| Un sobre-vivir solitario | 9 |
| Nuestro escenario es un mercado | 12 |
| Politizarnos y resquebrajar nuestro narciso | 13 |
| El saturado vacío, nuestro presente | 15 |
| Transitar vacíos | 17 |
| La ascética filosófica: un ejercicio sobre uno mismo | 19 |
| Cuidar vacíos. La cura de sí | 20 |
| I. Nuestra esencia: una existencia en vacío | 25 |
| La subjetividad, un espacio colectivo. La identidad, una ficción | 25 |
| La intuición de un vacío, la apertura de un silencio | 40 |
| II. Nuestro narcisismo o nuestro complejo de Dios | 45 |
| Capitalismo y vida | 46 |
| La identidad. De la disciplina a la fatiga de ser uno mismo | 48 |
| Nuestro complejo de Dios. La subjetividad narcisa | 56 |
| La estrategia de una alienación narcisa | 74 |
| El amor a una esperanza sin cuerpo | 82 |
| III. Ascéticas | 93 |
| Introducción | 93 |
| Contextualización del marco ascético | 104 |
| Elementos de una ascética | 107 |
| Características globales y contexto de la ascética | 116 |

| | |
|---|-----|
| IV. La cura de sí: una ascética para nuestro vacío | 141 |
| Una reivindicación necesaria de la ascética filosófica | 143 |
| Un sujeto encarnado, un sujeto vulnerable | 147 |
| La vulnerabilidad | 158 |
| La cura de sí | 171 |
| Repercusiones de la cura de sí en un contexto aún moderno | 194 |
| Bibliografía | 201 |

INTRODUCCIÓN

VIVIR ES ACEPTAR QUE TU VIDA NO VALE NADA

Un *sobre-vivir* solitario

En esta frase, *vivir es aceptar que tu vida no vale nada*,¹ va condensado el sentir existencial de nuestras vidas.

La yuxtaposición entre realidad y capitalismo permite enmarcar y atracar el contexto a través del cual emerge esta sensación. Son muchas las derivadas, consecuencias y frustraciones. La más evidente es nuestra derrota. Una derrota manifestada a través de nuestras prisas; de un inquieto acicate por querer alcanzar metas, estudios, productos, personas o experiencias; de esta constante insatisfacción que acompaña nuestro horadar. Nuestra derrota es esta vida que vemos pasar y, también, la esperanza con la que posponemos nuestra vida para el mañana, con distracciones o ilusiones. Una derrota que convierte nuestra vida, única, en un *sobre-vivir*. Vivir de la forma como lo hacemos es menospreciar la vida, el mundo, el otro y a nosotros mismos. Esperanzarnos con un futuro difuso o intentar sobrellevar el día a día es, justamente, aceptar que nuestra vida no vale nada.

Partimos también de otra evidencia: ya no nos creemos los antiguos discursos emancipadores. Ya no se clama en las calles

1. López, S., *Para atravesar el impasse antes hay que haber entrado en él*, en *Revista Espai en blanc*, «El impasse de lo político», Ed. Bellaterra, Barcelona, 2011, p. 130.

la posibilidad de una revuelta. Las calles están ocupadas por vallas publicitarias, vaciadas por las prisas, saturadas por el consumo. Tampoco se juega en sindicatos o en partidos políticos, estos se han refugiado en gestionar su propia supervivencia. La posibilidad de un nosotros ha quedado también recluida a un efluvio instintivo que no se manifiesta más allá de concentraciones deportivas que recuerdan un nosotros totalitario y que retiran cualquier disponibilidad para volver a construir algo común. Y es que, en el fondo, ya nadie se cree nada ni está dispuesto a nada. Queda, a veces, el aliento para salir a la calle a clamar alguna proclama cuando esta se convierte ya en obviedad urgente, en afrenta a nuestra contabilidad narcisista, pero el gesto, tras el grito, se acalla, se apoca y, de nuevo, aparece la habitual normalidad.

Estamos solos. La estrategia es común: parapetados en lo nuestro, en nuestra privacidad, construimos archipiélagos que, como refugios, nos permiten deflectar, desviar la atención e ir contando el paso de los días, dejando pasar el tiempo, situados en el *entre-tiempo*, en el *impasse*, siempre en crisis. *La república independiente de nuestra casa* es el mejor ejemplo. Hemos aprendido a circular a la misma velocidad que nuestro entorno, también a hacerlo con su misma dinámica. Pero este aprender también ha sido una aprehensión. Vivimos entre un aupar la vida que se nos escapa y la auto-conservación de una privacidad que nos vacila. El único deseo que sostenemos y jaleamos es el de mantener el dispositivo hacia delante, en fuga. La vida se ha convertido en una gestión de una parcela privada que, progresivamente, va empequeñeciéndose. Esta parcela, mayoritariamente, consiste en una supervivencia, una precariedad, un *sobre-vivir*, un pasar por alto nuestra vida. Un pasar que debe atender a un trabajo precario, a una velocidad fagocitante, a un hogar hipotecado, etc. Una materialidad que se ha convertido ora en privilegio, ora en obligación. Un atender a lo urgente descuidando lo necesario.

Pensamos con el reloj en la mano, como se come a mediodía mirando el boletín de Bolsa; vivimos como uno que, continuamente, podría perderse algo. Mejor hacer cualquier cosa que nada.²

Una vida en precario es una vida que no se detiene, una vida en movimiento buscando surcar. *Vida-en-movimiento* orientada hacia la compra-venta, compra de lo urgente, de lo banal, y venta de lo propio, de la imagen, del trabajo, del cuerpo y del tiempo. Una vida consumida, un tiempo líquido en un dictado imparabile de lo económico. En el traqueteo de la superficialidad que busca respirar, la vida, hoy más que nunca, se evapora por la vida misma, ya por el mero *sobre-vivir*. El lenguaje corriente muestra a las claras esta deriva. Ante la pregunta ¿cómo estamos?, la respuesta es escueta. *Bien, mal, voy tirando, es lo que hay*.

No solo se han hecho menos hospitalarios los contextos en los que habitamos, sino que nosotros mismos hollamos este camino. Y lo hollamos tanto porque queremos, con un querer no hacer nada, como porque nos proyectan hacia ello. No nos engañemos, la exclusión social es la amenaza que pone fin, junto a la mera necesidad por el *sobre-vivir*, a cualquier fantasía emancipadora. Es un querer, puntualicemos, enmanillado, sí, hasta hipotecado, pero un querer que perpetúa, como una moda que se expande, una misma y única manera de ver y vivir, una única dinámica a perseguir. Un sentir viciado, contagioso: *es lo que hay*. Así reza, tan escueto como directo, tan breve como sentencioso. Tajante. La construcción y el recorrido para pronunciar, interiorizar y sentir esta sentencia es cada vez más breve y más rentable. Funciona como un virus. Este virus se manipula, orienta o extiende a través de los medios de comunicación, mercados, políticas, etc., y, finalmente, a través de nosotros mismos, en nuestro hacer, sentir y decir, todos ya en una misma dirección. Lejos nos quedan las

2. Nietzsche, F., *La Gaya ciencia*. EDAF, Madrid, 2011, p. 329.

dádivas que empujaron la Modernidad, olvidadas las categorías marxistas. ¿Qué nos queda hoy?

Nuestro escenario es un mercado³

Emerge, así se respira, a través de una inercia soterrada, un silencio avasallador. Este silencio defiende, sostiene y conserva nuestro presente. Nunca ha habido nada diferente, no existe ninguna alternativa, no es posible cambio alguno. Reza con un *es lo que hay*.

Es una obviedad denunciar que, tras este silencio apabullante, lo que existe, lo que bombea, es una única directriz: rentabilidad. El objeto: la vida entera.

Si el objetivo es rentabilizar la vida, extraerle el mayor beneficio a través de esta imparabile movilidad, lo más eficiente es rentabilizar, al máximo, nuestro deseo, a nosotros mismos. Direccionalo, cargarlo, satisfacerlo, mantenerlo. Las estrategias son múltiples porque variable y dispar es el deseo. Esta es la aparente fuente que, bien aupada y direccionada, borbotea necesidades y genera, y a la vez engancha, con el bienestar y una supuesta sensación de libertad. Por otra parte, este deseo ha de mantenerse y civilizarse, en definitiva, gestionarse y, por último, consumirse. De nuevo, lo más eficaz es *des-localizar* la movilización hacia nuestra interioridad, ser nosotros mismos un deseo de consumo, producción y realización. La rentabilidad direcciona y obliga a que este deseo se movilice por sí solo, generando un deseo que quiere de sí, cerrando, así, un círculo que se muestra perverso y, a la vez, infinito.

En un tiempo sin aparente sensación de sentido o unidad, lo que parece válido es el paradigma del *todo es posible*. Un *todo es posible* que, sin embargo, esconde una dinámica maltrecha. *Todo es posible*, sí, siempre que este todo se convierta en mercancía y el

3. Morey, M., *Camino a Santiago. Hotel Finisterre*. Ed. Galaxia Gutemberg, Barcelona, 2012.

posible en compra-venta. El *todo es posible* no es otra cosa que el *todo está a la venta y se puede comprar*. Movimiento, el del trasiego económico, que, sin duda, genera esta sensación tan limitada de libertad y el único hilo de sentido que enlaza y engarza toda acción humana.

Politizarnos y resquebrajar nuestro narciso

En la aparente desaparición de lo político, en el *todo vale* o en el *es lo que hay*, la política, como lo ético, borbotea por doquier. Existe, tras este aparente silencio y quietud, un magma ético, filosófico y político, más difuso, más ambiguo, más opaco pero, especialmente, más asfixiante. Cuando lo que se nos vende es que no hay alternativa, cuando cualquier otredad o posibilidad queda denigrada, prohibida u oculta, ¿qué nos queda? Nos queda, de nuevo, ver, cara a cara, nuestra derrota. Sabemos que la postmodernidad ha muerto, de hecho, fue una malla engañosa si lo que la caracterizaba era la ausencia de ideologías. Hoy sabemos que las ideologías puján en los mercados bursátiles. La única verdad es el beneficio o la ganancia. Derrota tras derrota.

Lo novedoso es la forma cómo, nosotros mismos, contribuimos a ella y, finalmente, la danza, esperpéntica, que entrelazamos con esta realidad. El cuadro nos obliga a dirigir la mirada hacia una parte del marco progresivamente más relevante, a saber, nuestra subjetividad, nosotros mismos. Los hechos muestran que, en una compleja balanza entre el entorno y nosotros, existe un lazo de relación, construcción, crítica, etc., que modula y configura ambos polos. Atender a este hilo, a sus direcciones, vibraciones o tensiones, puede permitirnos comprender la tela de araña que tejen. Optar por uno u otro, en exclusiva, no tiene sentido. Se entremezclan en una danza de poderes. Querer, no obstante, señalar cómo ambos se entrecruzan puede permitirnos modificar la madeja que ahora nos aquieta. Nuestra subjetividad, nuestra forma de configurar, estructurar, priorizar o madurar nuestros valores y principios, que constituyen aquello que mentamos como

identidad, se construyen en un complejo diálogo con nuestro entorno. Una operación en la que podemos decidir participar más o menos y que se construye con el paso del tiempo.

No es ningún hallazgo señalar que aquello que somos viene caracterizado, principalmente, por el tamiz de lo socio-cultural, hoy saturado por lo económico. Quizás añadir algo nuevo a lo que siempre ha sido nuestra naturaleza lábil y predispuesta para el entorno es denunciar que este influjo viene hoy en alud y lo más significativo es que el artefacto que estalla, ya en nuestro interior, es un imperativo por un movimiento-en-consumo-producción o, en su otra cara, una insatisfacción permanente. Este contexto es más desolador si tenemos en cuenta las derivadas de esta fagocitación económica: la desmembración de lo político, el menosprecio por la política, una desvalorización de lo ético y un descentramiento humano, desplazado todo ello por un Capital que conquista a destajo todas las capas de significantes existenciales. Los valores que nos rodean, los modelos, las metas, los éxitos, hilvanados por esa apelmazante categoría de normalidad, borbotan en el estruendoso diálogo que nos construye, aunque este va convirtiéndose, incesantemente, en un silencioso monólogo, escurridizo, volátil, invisible pero presente. Omnipotente.

No obstante el peso de la situación, las sensaciones vividas anónimamente, a través de nuestro sentir común, pueden reflotar a la superficie, compartirse. Hoy, aquello con lo que comulgamos, nuestra penitencia por la dinámica de nuestro bienestar material es esa pléthora de vocablos y experiencias que englobamos como malestar, precariedad o *el ir tirando*. Nuestra derrota común.

Malestar: es el nombre de este no-poder, de esta imposibilidad de expresar una resistencia común y liberadora frente a las nuevas condiciones de la realidad.⁴

4. *Espai en blanc*, «La sociedad terapéutica». Ed. Bellaterra, Barcelona, 2007, p. 10.

Esta plétora de vocablos, de experiencias y sin-sentires puede expresarse en infinitud de formas. Cada una de ellas recoge parte de las tonalidades de un cuadro que, en los entresijos de sus colores, ha penetrado hasta lo más hondo de nuestra vida. A medida que nos adentramos en ellas se hace más acuciante, también más complejo y comprometedor, encontrar vías de fuga, reservas de aire fresco, algún fulgor que palpite.

En el espacio vacío y opresor que se nos presenta, ¿qué opciones tenemos? Ya no podemos disponer de un sujeto capaz de asumir una toma de posición con la que hacer frente. Este sujeto se ha convertido en un colador, tanto porque ha dejado de funcionar como categoría fundadora de éticas o políticas como porque este mismo sujeto vive conformado, hecho uno, con la realidad, a su vez, ligada con el desarrollo del Capital que lo envuelve. Tampoco podemos confiar en las columnas discursivas que englobaban los extintos meta-relatos, de hecho, desconfiamos abiertamente. Todo es Capital. También la toma de posición se ha convertido en barrizal. Ruge la confusión. No nos queda, tampoco, la tragedia, la épica o el drama, ni como arma arrojadiza ni como telón de fondo a través del cual representar.

Este deseo, lo veremos, pivota sobre el narcicismo o egotismo, un deseo de nosotros mismos que, como ideal e irreal, demanda, constantemente, de nuevos esfuerzos y movimientos. Esta forma de alienación permite desviar la atención de la propia enajenación movilizadora, pues mantiene, a través de diferentes mecanismos como el miedo, la esperanza, el *es lo que hay*, etc., al sujeto en un constate movimiento del que, paradójicamente, quiere sustraerse. Deseosos de nosotros mismos, de un llegar a ser, somos cómplices de nuestro consumo, *autófagos*. La explosión expansiva y económica de nosotros mismos acaba exigiendo una auténtica implosión. ¿Qué otra opción nos queda si no hay futuro y lo que se intuye y viene es el colapso total?

El saturado vacío, nuestro presente

Si la mirada no la podemos centrar en un mañana que se presenta como un no-futuro, tampoco la podemos reposar en nosotros mismos. Estar en y con nosotros es cargar un muelle que, automáticamente, nos impulsa al hacer y al movimiento. No podemos, no sabemos y, a menudo, no queremos estar con y en nosotros mismos. Nos inquieta, nos aburre o no nos es útil. No obstante, esta indisposición para habitarnos⁵ de una manera más plena esconde una intuición certera, dolorosa y fértil: nuestro vacío.

Digámoslo de otra manera, en la indisposición de un estar en contacto con nosotros, a través de nuestro saturado vacío, viramos la atención hacia un afuera que, edulcorado, ofrece alternativas para un mudar la mirada, y la vida entera, de un foco a otro, sin poder alcanzar una ensenada donde hacer del vivir una experiencia abismal. Este mirar hacia otro lado buscando cielos que puedan sanar nuestra insatisfacción es aquello que nos mantiene en la inquietud necesaria para hacer permanente nuestro movimiento, convertido, mayoritariamente, en un compra-venta de objetos o experiencias. Paradójicamente, es un movimiento que queriendo silenciar nuestro vacío lo convierte en un estruendoso fragor, aumentando nuestro malestar y obligándonos, si no rompemos con ello, a acelerar nuestro propio movimiento. Este movimiento general puede tener muchos puertos: un buen trabajo, una pareja, hijos, la felicidad, el amor, etc., pero converge en la voluntad de querer alcanzar un ideal a través del cual hacer frente a nuestras insatisfacciones. Un ideal de nosotros mismos, con amor, felices o realizados, capaz de aquietar nuestra insatisfacción y saciar nuestro consustancial vacío.

Es este movimiento una primera acepción, la comúnmente utilizada, de una vida vacía. Efectivamente, el obligado vagar de un puerto hacia otro buscando un estado pleno a través del cual solventar nuestro vacío se convierte en una vida vana. Es

5. Hoy hablamos de un estar conectado o no.

este nuestro sentir más común y también, desgraciadamente en nuestra sociedad, el más compartido.

No obstante, el vacío tiene otro sentido, una segunda acepción, y, por ende, una forma diferente de habitarlo. Veremos a lo largo de estas páginas que, efectivamente, estamos vacíos, sin embargo, es un vacío que compartido, respirado como nuestro, nos abre las puertas a recuperar nuestra naturaleza vulnerable y un vivir más abisal.

Denunciado nuestro movimiento como una estrategia para rechazar el vacío, estas páginas proponen un sendero por recorrer. Es evidente que, en la tarea de intentar deshilvanar el retazo, toda herramienta, elemento o dispositivo que señalemos como relevante ya no podrá ostentar la claridad y visibilidad de antaño. Esta obligada cualidad, la de su oscuridad, nocturnidad o anonimato, pasa a formar parte del mecanismo, sea cual sea, que opongamos. ¿De qué hablamos entonces? ¿De deseo, experiencias, estéticas?

Una cosa nos va quedando clara y, acaso, pueda servirnos de lumbre para recorrer el sendero. Nuestro propio vacío es el fulgor hacia el que nos queremos acercar, de otro modo y con otra finalidad.

Transitar vacíos

El trabajo que aquí referimos, sobre uno mismo, no es otra cosa que un ejercicio. Un ejercicio, a la vez, estético, ético, político y existencial, es decir, un ejercicio filosófico, una ascética. Un ejercicio primerizo que, entrando en lizas filosóficas, no pretende, de entrada, saber qué hacer con la derrota, sino aclarar nuestra derrota. Es aquí donde se sabe peligroso. Es en la profundización de nuestro desierto narcisista, en el cuestionamiento de nuestra movilización, dónde se puede abrir un destello. Sabernos perdidos, vulnerables, engañados, derrotados y hacerlo así, en plural, es la manera más sencilla para darnos cuenta que, efectivamente, esta vida que vivimos no vale nada. Quizás entonces podamos aunar otro querer.

Lo que presentan estas páginas es una herramienta a la que no se ha dado mucha importancia y que, por incidir en la subjetividad, es una herramienta primeramente ética pero, en última instancia, política. Hablamos de la *ascesis*. Si el terreno donde juega el Capital se ha interiorizado, es aquí donde empieza nuestra tarea. ¿Aceptamos que nuestra vida no vale nada? La respuesta viene en automático: hay un yo que permite desplegarlos en todas nuestras posibilidades, un yo-Capital dispuesto a crear nuevos sentidos, nuevos engranajes y profesiones, un yo capaz de hacer frente a la pregunta respondiéndola, siguiendo, así, su propia dinámica. Un yo dispuesto a auto-realizarse y auto-gestionarse de múltiples maneras y, en todas ellas, capaz de reflotar el auto-engañó suficiente para continuar el *sobre-vivir*. Un yo dispuesto a pelear contra la pregunta y, por ende, a continuar exprimiéndose. Esta respuesta en automático, esta *auto-movilización*, es una derrota más, un Capitalismo mezclado en sangre. Jugar con la lógica de la frase es perpetuar la lógica con la que nos movilizamos y atenazamos. Para aceptar que nuestra vida vale esto, nada, hace falta destronar al yo-Narciso que engrasa la movilización y, para hacerlo, hemos de hablar de la relación con nosotros mismos.

¿Cómo tener conciencia, desarticlar o cuestionar las relaciones de poder que nos constituyen como sujetos y, hoy, nos *auto-movilizan*? Es esta pregunta una cuestión política y filosófica. Si nuestra interioridad, tanto en su contenido y en su forma como en la relación que se produce con nosotros mismos y los demás, refleja relaciones de poder que vienen copadas y saturadas por lo económico, entablar con ella, con nosotros mismos, no solo es cuestionar nuestro destino, sino politizar nuestras vidas, o, mejor, es explicitar la tonalidad política que ya tiene la interioridad que compartimos y, a través de la cual, se funda una realidad concreta, un mundo que es compartido, el de hoy, el nuestro. Cargar las tintas sobre lo político de nuestro modo de sujeción es abrir la senda para entablar un combate contra nosotros mismos, zarandear nuestra quietud y cambiar la aceptación de una vida que vale nada por un sentir más prístino capaz de mantener en

liza la compleja relación de nosotros con nuestro mundo interno y el de los demás. Aquello que articula y hace posible una *auto-referencia*, nuestra identidad, va cargada con las referencias, las acepciones y las relaciones que mantienen tanto nuestra movilización como la de los demás. En ella sedimentan las relaciones de poder mencionadas, y por ello, encontrar un instrumento que permita hacerlas emerger puede ser una herramienta política capaz de voltear nuestra realidad y a nosotros mismos.

La ascética filosófica: un ejercicio sobre uno mismo

Será interesante saber qué puede ofrecer hoy una práctica como la *ascesis*, cuando es convertida, voluntariamente, en una herramienta política y filosófica y se yergue como una determinada disposición individual, como una actitud. Si estas líneas se configuran como una crítica a nuestra identidad, la narcisa, como eje a través del cual se construye la subjetividad hoy, la herramienta de la *ascesis* deberá incidir en la de-construcción de esta categoría, no solamente resaltando su construcción externa o su apuntalamiento interno, sino, además, irguiéndose como una alternativa o apertura para nuevas sendas. Además, nos interesa tanto un pormenorizado estudio de la naturaleza de la herramienta que aquí proponemos como, a través de su cuestionamiento, crítica o delimitación, adentrarnos a debatir aquellos temas que filosóficamente son más candentes en nuestro tiempo: la carencia de la política, la desmembración de la categoría de sujeto, la postmodernidad, lo político, etc., siguiendo las aportaciones y debates soterrados que han hecho autores recientes.

La *ascesis*, el ejercicio sobre uno mismo, es una crítica a nuestro deseo narcisista, una palanca para allanar contenidos y vaciar espacios.

La defensa de la *ascesis* como una tecnología del yo, definida por Foucault como aquello que:

Permite a los individuos efectuar, por cuenta propia o con ayuda de otros, cierto número de operaciones sobre su cuerpo y su alma, pensamientos o conducta o cualquier otra forma de ser, obteniendo así una transformación de sí mismos con la finalidad de alcanzar cierto estado de felicidad, pureza, sabiduría o inmortalidad,⁶

no quiere ser una restitución de una tradición hace mucho agotada, sino, antes bien, recuperar una estrategia que, por sus características y por los efluvios de nuestro presente, puede tener especiales repercusiones tanto para una tarea crítica como para una opción emancipadora. Si, en nuestro presente, estamos collados por una idea de subjetividad que nos convierte en *autófagos* y carnaza de un sistema cuyo único eje es la rentabilidad; convivir y cultivar una idea de un nosotros, de un sí mismo, que no atiende ni a un substrato ni a una trascendencia y carece de una meta es voltear nuestro sentir. La *ascesis* como una foucaultiana tecnología del yo es una herramienta que permite transgredirnos a nosotros mismos, que busca la delimitación de una identidad recostada en la comodidad de una confluencia o en la comodidad de un todo acabado, dibujado y anclado en el *soy lo que soy*. Desdibujando esta idea de yo, nos convertimos en poliedros y calidoscopios políticos. Hace falta, para ello, descartar la estrategia que nos permite el dispositivo identidad y vaciar de contenido nuestra propia subjetividad identificada con el narcisismo. Respirar la carencia dentro de nosotros mismos. Vivir nuestro propio desierto nihilista.

Cuidar vacíos. La cura de sí

Finalmente, si lo que pretendemos mediante la reconstitución de un término como la *ascesis* es espaciar un terreno copado por un afuera homogéneo, nos quedan dos líneas paralelas que atender.

6. Foucault, M., *Tecnologías del yo*. Ed. Paidós, Barcelona, 1990, p. 48.

En primer lugar, el espacio hollado, libre. ¿Qué hay más allá de nuestra identidad? ¿Qué queda del sujeto moderno? ¿Qué de nuestro vacío? En segundo lugar, este espacio desocupado nos obliga a cambiar la forma de acercarnos a él, de pensarlo, habitarlo o relacionarnos. ¿Cómo se coloca el pensar y la filosofía?

Si resquebramos y abandonamos nuestra identidad y lo que emergen son espacios en vacío y silenciosos, también somos conscientes de que nos queda un cuerpo que, si bien no podemos poseerlo, sí podemos gesticular con él, acaso, en conjunto, una palabra y un acto, insertos en la paradoja de ser más propios, aunque efímeros y espontáneos, más allá de la identidad, de la propiedad o de un contexto fagocitador. Para ello será necesario, no solo cuestionar la formación de una subjetividad que se ha mantenido a espaldas de su propio cuerpo, sino, además, formular las consecuencias de tal dinámica. Desde las corrientes fenomenológicas posteriores a Husserl, una mirada más sensible, más primordial, ha permitido empezar a valorar la importancia de lo corporal, como el sustrato a partir del cual y por medio del cual el sujeto se constituye y relaciona con su entorno. Las aportaciones de dicha corriente permiten hablar de otro tipo de modelo de sujeto, de experiencia y de subjetividad. Sin caer en el peligro de formulaciones subjetivas relacionadas con un idealismo sin fundamento, permiten la emergencia de una subjetividad menos fragmentada por cuanto la experiencia con uno mismo ya no viene escindida por la división cuerpo-mente tradicional. En la medida que permiten hablar de nuevos modelos de subjetividad, cuestionando el actual, entran ya en el campo político mencionado con anterioridad, el de la configuración de la subjetividad. En este desarrollo, en el retorno de lo corporal como temática filosófica, cabe denunciar la correlación entre una subjetividad alienada y un cuerpo despechado e instrumentalizado, la denuncia del individuo como auto-conservación narcisa. Por otro lado, ello permite señalar una temporalidad y una espacialidad contrarias a la uniformidad de un sistema económico que promueve un mismo tiempo y unas secuencias

enajenantes y afirmar la preeminencia de un ser que se halla *pre-inscrito* en una corporalidad que lo mantiene enlazado con el otro y con el mundo. La naturaleza de lo corporal también abre la puerta a tomar conciencia de la vulnerabilidad que compartimos; a señalar un primordial trato con uno mismo que puede ser proyectado hacia los demás; a reivindicar aquellos espacios que son creados por lo común: lo corporal, el sentido, el gesto, la palabra; a *re-direccionar* aquello que permite la comunidad de lo propio y a extraer las herramientas políticas que permiten la toma de conciencia de nuestra vulnerabilidad: el anonimato, nuestro mundo común o la interdependencia. Descabalar el yo que jalea la movilización es señalar nuestra vulnerabilidad y la capacidad de decir no. Es encontrarnos en el linde con el otro y poder formular el nosotros sin ser este solo un conglomerado de individuos. Retomar el cuerpo es re-encontrarnos con nuestro mundo común y tomar conciencia de nuestro ser situado en un presente, en un contexto y con un otros/nosotros.

La noción de sujeto encarnado permite recuperar el lazo con la facticidad y lo corporal previo a nuestro estar. A través de ello, la vulnerabilidad, en un trabajo ascético consistente en frustrar nuestro ideal narcisista, el injerto que mantiene y promueve nuestra movilización, se convierte en aquella característica de nuestro ser que nos devuelve nuestro ser social y político, nuestra interdependencia.

Cuando, a través de todo el proceso que desplegamos, podamos volver a la frase: *vivir es aceptar que mi vida no vale nada*, podremos afirmarlo habiendo volteado todo su sentido y lógica. Efectivamente, no vale nada y justo es aquí cuando recobra todo su valor y lo hace resquebrajando el concepto de valor capitalista como mera rentabilidad. Mi vida no vale nada, porque no es mía y porque es de nadie,⁷ porque, como veremos, el dispositivo identidad es el primer paso hacia la enajenación y el distanciamiento

7. Rompiendo la idea de propiedad y, también, la de identidad.

de uno sobre sí mismo, pero además, porque este espacio delimitado a causa del gesto de privatizar lo común también queda configurado de una determinada manera, tanto para mantener la enajenación y el *statu quo* como porque, así, puede sostenerse la movilización a la que estamos sujetos y a la que nos sujetamos. Aquí radica su valor, en desfundar la identidad como acto político, en vislumbrar lo subjetivo como proceso común y en señalar la naturaleza de lo que queda. Ello nos confronta a acercarnos a este espacio, a nosotros mismos, de otra manera, a través de la cura que, a su vez, reconstruye los cimientos de nuestro modo de pensar, de la forma y manera de experimentar la tarea del filosofar y, finalmente, del propio vivir que mienta la frase. Por ello, las constantes derivadas del trayecto, permiten encauzar el proceso del pensar y la naturaleza de la filosofía hacia su propia génesis, es decir, a concebirla como una cura, ya que la naturaleza de nuestro pensar, como nuestra propia naturaleza vacía, vulnerable e interdependiente, nos dirigen hacia ello.